Textos de Nylsa

Inéditos y publicados

# Cimientos

**Nylsa Martínez**

(*inédito*)

Conduje hacia la parte vieja de la ciudad. La dirección era en una de esas mansiones intimidantes. El caso llegó a mí por referencia de una ex clienta. Un empleado me recibió e hizo pasar a un estudio donde una mujer me esperaba. Doña Minerva apenas hizo un esfuerzo para indicarme dónde tomar asiento.

“Necesito que encuentres a una amiga”, dijo. Relató cómo se habían conocido en Monterrey durante la universidad. Rosa estudiaba en la Facultad de Administración y ella en la de Ciencias Exactas, “En aquel tiempo yo era la única alumna en ingeniera civil. Ni siquiera había baños para nosotras. Así que la primera vez que hablé con Rosa fue un día enjuagaba mis manos en uno de los servicios de su facultad”. Se volvieron inseparables. Sin embargo, llevaba varios meses sin poder contactarla. La última ocasión que había tenido noticias fue a través de un mensaje en su contestadora, le pedía que la visitara porque necesitaba un consejo para su casa. La clienta me comentó, “Tenía mucho trabajo y no me comuniqué inmediatamente”. Después lo había intentado todo: regresarle la llamada a su casa y celular, e incluso, contactarla a través de amigos en común. Le pregunté, “¿Trató de buscar a alguien de su familia?, ¿su amiga se casó?, ¿vive aquí en Mexicali?”. Doña Minerva hizo una mueca y me reprochó: “¿Cree que si viviera aquí le hubiera llamado a usted?”. Al momento pude haberle aclarado que no tan era sencillo encontrar a las personas, aún dentro de la misma ciudad, por eso la gente contrataba mis servicios. Me abstuve y ella continuó con los detalles. Rosa vivía en Studio City, una ciudad del condado de Los Ángeles. Me comentó que en incontables ocasiones ella misma había conducido para visitarla. “¿Entonces, quiere que vaya para allá y trate de encontrarla?”, dije. “Así es, me acaban de hacer una operación en la espalda y me es imposible. Además, prefiero no seguir involucrando a mis conocidos, ¿es usted una profesional, sí o no?”, se quedó mirándome con provocación. Dudé en tomar el trabajo, me molestaba su autoritarismo. Luego agregó: “Uno jamás se imaginaría que usted es detective”. Salí echando chispas del lugar. A mí no me iba a impresionar esa ingeniera sólo por haber dirigido unas cuantas obras en la ciudad y ser como un tipo de leyenda viviente. Cuando la había investigado para esta primera entrevista imaginé que me encontraría con un rostro más amable, sobre todo por haber sido un personaje público. Ella era así, de esa gente con dinero.

Pensé que me vendrían bien unas cervecitas para aclarar mis ideas. Camino al autoservicio armaba el rompecabezas de la historia. Algo en el carácter de doña Minerva no tenía sentido, me confundía cómo se mostró muy inquieta cuando me hizo esta última confesión: “Yo no creo en ese tipo de personas, usted sabe, son todos unos charlatanes, pero…, no puedo ignorar a la vidente”. Al decirlo se veía realmente perturbada.

Mi casa era un horno, estábamos en pleno agosto. Bebí ansiosa una de las cervezas y sólo el último sorbo me relajó. Fui directamente a mi recámara que era la única habitación donde funcionaba el aire acondicionado. Me prometí que el siguiente año no lo pasaría así, compraría un aparato de refrigeración de unas tres toneladas para poder enfriar la sala y la cocina. Cerveza en mano comencé a recapitular. Intuía que la clienta me ocultaba información, siempre lo hacen; así que me puse a hacer mi rutina de búsqueda en el Internet. Me apliqué en revisar tanto sobre doña Minerva, como de la amiga en cuestión. Ésta última era un fantasma, no hallé ni una sola entrada con el nombre de Rosa Jáuregui Vázquez. Mi clienta había advertido: “No va a encontrar nada si la busca con su nombre mexicano, desde que se fue dejó de usarlo”. Al mudarse a Estados Unidos su amiga había utilizado el nombre de Rosa Jáuregui, pero le resultaba fastidioso oír su apellido mal pronunciado y creer que llamaban a un jaguar en vez de a ella, así que optó por usar Rosa Vazquez. Después se había casado dos veces, en esas ocasiones lo cambió por Rosa Melikyan y Rosa Feldman. Cuando su segundo esposo falleció modificó por última vez su nombre a Rosa Feldman-Vazquez.

Para las cinco de la mañana ya me encontraba haciendo fila para cruzar a Calexico. Afortunadamente tenía el permiso de internación a Estados Unidos sin vencer. Un agente me preguntó cuál era el motivo del viaje, le dije que deseaba visitar The Broad, un museo apenas inaugurado en Los Ángeles. El hombre me miró con sospecha pero me dejó pasar.

Al cruzar sólo me detuve para llenar el tanque con gasolina y comprarme una de mis debilidades gastronómicas, un sándwich de atún. La clienta me había adelantado seiscientos dólares. El pago prometido eran mil quinientos si encontraba información sólida sobre el paradero de su amiga. La noche anterior había hecho un paneo de la casa y las colinas donde ésta se encontraba por medio del internet. Llamó mi atención que justo al lado de la dirección a visitar se encontraba un lote vacío, pero no era un terreno plano, sino un desfiladero donde sólo quedaba un cerco de reja.

La ciudad me recibió con el cielo nublado. Nada de sol brillante y palmeras ondeando como los turistas imaginan. Comenzó a llover. La clienta me dijo que al no tener noticias de su amiga y en medio de la desesperación, había accedido a consultar a una vidente. Ésta le reveló: “Tú sabes perfectamente donde está Rosa, tú misma te encargaste de desaparecerla”. Ese mensaje desconcertó a mi clienta y por eso se decidió a contratarme. Por mi parte repasaba la información presintiendo que doña Minerva guardaba algo de esta historia para ella. Si bien en Internet di con entradas para los diferentes nombres proporcionados, ninguna imagen coincidía con el retrato de Rosa. Tampoco hallé alguna fotografía que correspondiera a varios nombres simultáneamente.

Llegué y me estacioné afuera de la dirección. El jardín se veía muy cuidado. En breve, apareció un cartero depositando la correspondencia. No pasó mucho tiempo y también llegó un auto del cual bajaron tres personas. Una mujer joven les abrió la puerta de la casa e hizo pasar. Fue la oportunidad para revisar el buzón. Me acerqué con cautela para no ser detectada. Abrí la pequeña caja y rápidamente eché una hojeada a los destinatarios. En ninguno de los sobres aparecían los nombres que esperaba, así que mejor decidí tocar el timbre y salir de dudas. “You mean, the next door neighbor?”, me respondió un señor de edad avanzada. “She died in the earthquake”.

El hombre me contó la tragedia ocurrida en la propiedad contigua a la suya y que era donde había vivido Rosa Feldman. Me explicó que las casas de esa área requieren de cimientos especiales que les permitan afianzarse y las prevengan de desprenderse del terreno cuando haya vibraciones fuertes. En 1994, la casa de Rosa no soportó el terremoto y fue arrastrada hacia el fondo del barranco. El peritaje sugirió que los cimientos de la propiedad no habían sido reforzados. Murió instantáneamente junto a su esposo. Sólo había quedado el cerco.

El cielo seguía nublado. Bajé la colina y dejé que el aire fresco entrara por la ventana del auto. Debía comprarme un six en alguna licorería e irme a reflexionar a un cuarto hotel. Con suerte el sol saldría y podría tirarme al lado de alguna alberquita.

Me hospedé en un Super 8 ubicado en una zona industrial que parecía un lugar cualquiera de Mexicali. Necesitaba entender el porqué doña Minerva me había contratado para esta búsqueda. Si bien era una señora de edad avanzada, durante la entrevista no había percibido fallas en su memoria o algún extravío. ¿Cuál era su juego? Quedaba claro que el enviarme al domicilio equivocado abría la posibilidad de no encontrar a la amiga, pero también, dada la cercanía con la verdadera dirección, ofrecía la oportunidad de averiguar. Más aún, me desconcertaba el que hubiera incluido a una vidente en todo esto.

Metí las cervezas al minibar del cuarto y prendí la televisión. Me asomé a la calle, eran las 2:00 pm y el día continuaba sin sol. Oí el timbrar de un teléfono. No era mi celular, ni el aparato a un lado de la cama. ¡Era la televisión! En la película, al no haber alguien en casa y nadie responder la llamada, una contestadora de cinta magnética se activaba automáticamente y grababa el mensaje. De golpe las piezas se colocaron. Vacié mi cerveza experimentando una alegría cosquilleante. Estaba lista para volver a Mexicali y cobrar mi pago.

Oprimí el timbre de la imponente casa de doña Minerva. Una vez más el empleado me guió al estudio donde ella me esperaba. Le entregué un sobre manila con las fotografías del cerco que protegía la que alguna vez había sido la casa de su amiga; también incluí en él, una nota en un periódico local, The Daily News, donde se cubría la muerte de Rosa y su esposo. La mujer se quedó mirándome con severidad y luego me entregó un sobre con el pago. Agregó: “¿Y cuál es su conclusión?”. Doña Minerva era una señora de cuerpo frágil, su piel era una envoltura que transparentaba huesos y venas. Respiré profundo y dije: “Pienso que usted está horrorizada de que una charlatana haya adivinado su secreto”. La señora trató de ocultar su desazón. “Pero eso no es lo más grave”, agregué. Doña Minerva contuvo el aire y yo seguí: “usted me envío a Studio City con la esperanza de poder lavar su culpa”, concluí mientras me incorporaba para encaminarme hacia la puerta de salida. “Pienso que debió regresarle la llamada a su amiga, visitarla y darle los consejos que tanto necesitaba sobre los cimientos de su casa. Además, usted siempre ha sido una profesional, ¿no?”, dije mientras abandonaba el lugar. De reojo observé que ella volteaba hacia otra dirección.

Subí al auto y me puse a cantar mientras conducía al autoservicio. Rogué porque no hubiera fila y poder ordenar muy rápido mis cervezas desde el carro. Ese día tuve suerte, los empleados esperaban por mí.

**Gajes del oficio**

**Nylsa Martínez**

(*inédito*)

Hay dos hombres esperando afuera, pienso que son ellos. Nunca los había visto antes, pero se nota que no son de aquí, pues. Cuando crucé por la distribuidora, escuché que vendrían relevos. Luego en el lugar de doña Coco me confirmaron que sí, que ya pronto llegarían. La última vez la libré bien, me les hice el perdidizo por unos días y para cuando volví, ya se habían ido. Uno de los muchachitos de los que siempre se ponen por las escaleras, a un lado de los locales vacíos, fue el que me dio el aviso de que se retiraban. Se ve que les pica andar por aquí, no duran mucho; sólo supervisan que otros no les coman el negocio y rápido se van a lo que sigue. Y sí, yo sé que un día me van a venir encontrando, que no siempre voy a poder esconderme, pero, ¿a quién le apura que lo capturen?

Lo malo es que a la gente siempre se le graba cuando me ven, basta con que le pregunten a un par de personas y ya saben dónde estoy. Nunca paso desapercibido, por eso hasta me parece extraño habérmeles escapado antes. Son estos ojos y este cuerpo, que no me los puedo de quitar de encima. Es como una maldición. Algunos me han dicho que dizque me parezco a no sé qué artista de película, uno que siempre hace las veces de matón o judicial; dicen que está como yo, así grandote, tlayudón. A mí no me lo parece tanto, yo tengo mejores experiencias con gente igualita a mí. Por ejemplo, una de esas veces que andaba a salto de mata me encontré con mi doble. Sí, era así como yo, pero de mejor ver. Se notaba que a él no lo había maltratado la vida, me dieron mucha envidia sus manos. Yo lo observé cuando se bajó de una Ford nuevecita a comprar unas cosas en la farmacia. Por un momento me imaginé ser él, así, sin el olor acedo y con una buena chamarra; manejando una ranger con sus llantas bien lustradas y una pintura metálica parejita, parejita.

Todos saben que las camionetas son mi debilidad, por eso terminé metido en este embrollo. Ese día yo estaba así, de lo más tranquilo, haciendo lo mío. Uno de ellos se me acercó y dijo, “Se ve que le sabes”. “Sí, a esto me dedico”, contesté. “¿Queremos que nos hagas un servicio especial?, ¿te animas?”, comentó. Yo, que ya me imaginaba por dónde iba la cosa, les respondí que mejor se arreglaran con el dueño, que yo no hacía trabajos por fuera. Pero mentí, no quería tener tratos con esa gente. El otro que lo acompañaba habló, “No, tú vas a venir a arreglar unidades a nuestro almacén…, hasta te conviene, todo el dinero será para ti”. Traté de poner mil pretextos, pero cuando quieren que alguien trabaje para ellos, no hay forma de negarse. Eso me ganaba por ser una mano de obra perfecta.

Me siento orgulloso de ser un profesional, hasta hace poco, se peleaban por mí. Pero al principio batallé. Como siempre anduve de aquí para allá, me tomó mucho tiempo descubrir mi verdadero talento. Desde chiquillo no faltó a quién le gustara la idea de traerme de chalán, siempre me ponían a acarrear cosas, me gritaban: “¡Jálate con una carretilla de grava!, ¡acomoda estos bloques allá!”. Pero lo que más me gustaba era ver cómo los maestros preparaban las mezclas. Aprendí que era importante usar las proporciones exactas, de eso dependía que el piso no se fuera a cuartear, sobre todo, con los cambios de temperatura. Luego anduve reparando techos, ya estaba más grande. Me encargaba de la brea. Recogía trozos de madera y prendía la pila para el tambo de acero donde se calentaría. Se sorprendían de cómo no se apagaba aún cuando hiciera un poco de viento. La brea permanecía siempre líquida y al punto para regarla por el techo sin hacerse piedra rápidamente. El secreto estaba en no ahogar el fuego, el aire debía entrar por la base, de abajo hacia arriba.

Después de mi cautiverio me preguntaron que si en vez del dinero, no prefería una de las camionetas, “Así no te regresas en ese mugrego”, agregaron mientras recogía mis cosas y las echaba en la caja de mi vieja Dodge. Yo les dije, “el dinero está bien”. Sólo deseaba terminar lo más pronto posible y no volver a ese lugar, además, qué cuento iba a inventar si me veían llegar con un camionetón de aquellos. Tomé mis pistolas y las puse en el asiento del pasajero, no me gustaba que se golpearan y el traqueteo del camino iba a ser largo.

Siguen afuera. En esta ocasión no tuve tiempo para escaparme. Ojalá no se les ocurra buscarme aquí. Me vine al taller de don Mario porque sé que el viejo me tiene cariño. Fue el único lugar en que pensé en cuanto supe que llegaban. El don me encerró aquí desde el sábado por la tarde. Lo bueno es que hoy es domingo y el lunes será festivo, este lugar no es el único que estará cerrado. Yo no sé por qué siguen detrás de mí, si lo hice todo bien. Cada una de las camionetas que detallé parecía comprada por la mismísima Policía Estatal. Yo soy el mejor mecánico hojalatero de la zona y no lo digo para presumir, sino porque es la verdad, la gente lo sabe y me lo han dicho. Yo sé lo que hago y no me gusta que me ninguneen, por eso he permanecido tanto tiempo trabajando con mi último patrón. Él es el único que me permite hacer las cosas a mi modo y sin criticarme. En los otros lugares siempre me estaban carrereando. Y no. La carrocería es un arte donde la paciencia y atención son muy importantes. Yo no hablo mientras trabajo, no me gusta distraerme. Tampoco me gusta que me interrumpan cuando me siento en una banca a pensar, pues es mi momento de descanso. Sinceramente no me meto con nadie. Ellos saben que yo nunca les voy a dar problemas.

Después de irme ese día de allí, no quise trabajarles más. No pienso contar nada de lo que vi, pero por algo me les escondo ahora. Siendo honestos, el haber detallado las camionetas fue el menor de los pecados que allí se cometió. Otro en mi lugar no hubiera podido ni disparar el praimer después de lo que presencié. Tuve que serenarme para quitarme la temblorina y estar en calma para cuando tocara tirar las primeras capas de pintura. Creo que eso les gustó de mí. Que no me puse mal, no me les achiqué. Tomé mis lijas y me puse a darle, hasta me atreví a jalarme a alguno de los muchachitos que traían allí para que lijaran conmigo. “Nada de descomponerse aquí”, me dije. Esos son los momentos en que esta cara y cuerpo macizo me ayudan, parece que nada me mueve. La gente me ve muy quieto, casi sin expresión. Pero les juro que hasta los ojos se me oscurecieron con lo que pasó allí. Por eso no quiero volver. Esas impresiones terminan matándote y yo desde esos días traigo las tripas sueltas y la comida no me sabe.

Pasé dos semanas con ellos. Tuve la mala suerte de que hiciera viento. Les dije que con tanto polvo en el aire no podía pintar, las superficies iba a quedar roñosas, con arena. No se verían bien las camionetas y menos pasarían por auténticas. “Qué profesional nos saliste”, me dijeron con burla, pero no me apuraron. En cuanto el clima se mejoró, puse manos a la obra y no solté las pistolas. Me la pasaba apuntando y disparando. El ruido del compresor me aislaba de lo que allí sucedía. Luego abría las latas de pintura azul para mezclarlas con el reductor y daba un respiro profundo a los vapores. Nunca antes había hecho algo así, pero necesitaba tranquilizarme para seguir pintando. No dejé que nadie me ayudara al mezclar, esa es una tarea que requiere mucha precisión y puede arruinar el resultado del color. Yo respeto el oficio. O se hace bien, o mejor no se hace.

El único que supo de mi secuestro fue mi patrón. Tenía el deber de ser sincero pues le había abandonado el trabajo por semanas. Le prometí estar alerta y no dejar que me llevaran de nuevo. Pero pues, en realidad esas cosas no se pueden prevenir. Yo siempre me la he llevado tranquilo, nunca he querido meterme en problemas. Así que tengo que confesar que me siento muy desesperado. Los hombres siguen afuera y no puedo hacer más que esperar. No soy una mala persona, lo juro. Pero así con tanta presión, lo único que se me ocurre es una solución muy fea. Me imagino que voy a ese pueblo donde alguna vez me encontré con mi doble y tomo su lugar. Logro que sea a él a quien busquen y me deshago de ellos. Me subo a su ranger nuevecita y me pierdo entre carreteras. Luego llego a otros sitios donde estas cosas no pasan y sigo haciendo el mismo trabajo. A la hora de la comida me siento en una banca y nadie interrumpe mi silencio. Después regreso a la jornada, preparo con calma la mezcla y vuelvo a disparar.

**La alacena**

**Nylsa Martínez**

(*Tu casa es mi casa*, 2008)

Frente a mis ojos el montón de no perecederos, esos víveres que resisten al tiempo y su acoso. Encontré un frasco con peanut butter sin abrir, de la que sabes me gusta, esa mezclada con un poco de mermelada de fresa. Te busqué. Abrí la alacena, pensé que todavía podría sentirte en medio de latas de verdura, cajas a medio llenar de cereal, botellas de aceite. No estabas. Pude imaginarte en el supermercado tomando esto, aquello. Llenando gustosa el carrito.

Hay una caja intacta con galletas, no hubo tiempo para abrirla; pienso en la ilusión que se quedará guardada para siempre en su interior: esa sonrisa que se te dibujó al pensar en su consistencia dulce-harinosa. No, ni siquiera la abriste. Allí se quedó esperando por ti. Veo los frascos que guardan celosamente las especias, permanecen con los ojos abiertos, hechos polvito, apretándose el corazón unos a otros.

Latas con puré, cartoncitos con leche de soya, frascos, envolturas plásticas; todo cuya caducidad aun no vence, es más, el año puede terminar y siguen en buen estado. Pueden esperar a que regreses. Porque ambas sabemos que estás bien, que es falso eso de que ya no vuelves, de la resignación y tantas frases que carecen de sentido.

La alacena y yo sabemos eso que harás en cuanto llegues. Abrirás la caja con galletas y no pararás hasta devorar todas. Es más, yo te voy a acompañar, tomaré el frasco con peanut butter y me lo comeré a cucharazos como cuando estaba chiquita. Juntas tú y yo, como en los viejos tiempos. Entonces la alacena sólo nos observará. Veremos cómo es capaz de sonreír todavía, nos causarán asombro sus carcajadas, no parará de reír: soltará gritos locos tratando de ocultar la emoción y las lágrimas causadas por tu regreso.

**La alacena**

**Nylsa Martínez**

(*La palabra en el desierto: poetas jóvenes mexicalenses*, 2007)

Llegaron de todas partes y se fueron acumulando en grandes cantidades sobre la ventana de mi cuarto, eran negras, o cafés, feas todas.

De cuando en cuando recorría la cortina esperando el momento en que se retiraran, pero eran insistentes, permanecían aferradas a las ventilas de vidrio que no permitían el acceso a mi recámara. Los días transcurrían y ellas seguían esperando, resultaba preocupante que no se desprendieran ni siquiera con el viento; tanta lluvia visitó la ciudad aquellos días, gotas y gotas atropellándose continuamente, inclinando su ángulo para estrellarse contra la ventana.

Su presencia me fastidiaba. Por las noches mientras dormía escuchaba sus conversaciones, ejecutaban aleteos con cierta frecuencia, de manera que formaban un ciclo emisor-receptor; lo peor era cuando se ponían a cantar, era imposible conciliar el sueño envuelta en aquel griterío de alas.

La situación se volvió hostil, no solamente eran ruidosas, también violentas; surgieron horas eternas de entrenamiento en las que se preparaban para realizar combates nocturnos, serie de torneos en los que la ganadora era premiada con un par de alas más grandes. Dejaron las canciones nocturnas, sus conversaciones. El deseo de ganar se convirtió en una obsesión, ninguna quería ser la débil.

Las alas crecieron de manera rápida. Se habían transformado en musculosas, terriblemente grandes, fuertes.

Mi preocupación se convirtió en paranoia, imaginaba a ese ejército de seres sostenidos sobre dos patas, caminando por mi casa, abriendo la alacena, sentadas en el sofá, provistas de autoridad.

No hubo más tiempo para imaginar, el pánico se precipitó un día en mi estómago, entonces entraron.